

Las Colectividades. Recordándolas 75 años después

En esos tiempos de crisis no debemos olvidar que esta situación no es la primera vez que sucede. La economía cíclica repite reiteradamente etapas de crisis y bonanzas. Estudiando y recuperando los hechos, nos puede ayudar a buscar soluciones y propuestas que hagan real ese “otro mundo es posible”.

Un hecho de la historia española que injustificadamente ha sido negado y olvidado es el fenómeno de revolucionario que se llevó a cabo desde los primeros momentos de la guerra civil en las tierras del bajo y alto Aragón. No solo la Revolución Social que fue posible en Barcelona a las horas del alzamiento fascista merece su estudio. Muy olvidadas y apartadas de la difusión del movimiento libertario son las Colectividades agrarias del 36.

Sin embargo, no es necesario buscar material actual sobre las Colectividades. A pesar de que mucha documentación fue destruida o no bien custodiada y, por tanto, ha desaparecido, como es normal por la situación; tenemos testimonios de Félix Carrasquer, Graham Kelsey, Ulises Monferrer o Antonio Gamboa Gil, por nombrar algunos, que a través de sus escritos y libros nos han transportado a esos días de la vida en comunidad. No obstante, hoy hay grandes trabajos sobre las Colectividades, principalmente en Aragón, como el libro de Alejandro R. Díez Torre (*Trabajan para la Eternidad, colectividades de trabajo y ayuda mutua durante la guerra civil en Aragón*). Alejandro R. Díez Torre ha recopilado estatutos de funcionamiento de colectividades, documentos sobre los datos de producción, etc. Gracias a todos esos testimonios y documentación se ha podido deducir y demostrar que las críticas y obstáculos que los dirigentes comunistas y socialistas vertieron contra las Colectividades eran infundados.

Pasaban unas semanas del levanta-

miento fascista. Había poblaciones donde el alzamiento había sido sofocado y se recibían noticias de que en Cataluña había sucedido lo mismo. Algunos caciques tomaron pies en polvorosa y abandonaron los pueblos o no regresaron a ellos. Entonces, como debe ocurrir ahora, el pueblo tomó las riendas de su destino y comenzaron a organizarse en Colectividades. Si en un principio se agruparon para resolver necesidades más perentorias como la recogida de la cosecha, con las semanas las Colectividades fueron creando una sociedad autogestionaria que no solo se centraba en los aspectos agrícolas sino que también participaban de la Colectividad otros gremios del pueblo. Herreros, panaderos, ganaderos, costureras, sastres, albañiles, artesanos, el transporte colectivizado, etc. También formaban parte de la Colectividad como un todo de la organización del pueblo [*“un todo económico al servicio de bien común y los intereses colectivos”*, Prats hablando de Graus con 3.300 habitantes].

Del buen hacer y los beneficios que se obtuvieron con este sistema de organización son muestra los documentos contables [*Trabajando para la eternidad*, Alejandro R. Díez Torre] que han llegado a nuestros días, siendo posible en muchas Colectividades el surtir de víveres al frente además de a su propia población. Se produjo un aumento de la producción y una mejora de las condiciones de trabajo al introducir más maquinaria y mejorar la programación de las plantaciones, etc.

Por todo esto, es necesario aclarar y desmentar la idea difundida de la imposición de las Colectividades por los anarquistas de la CNT. Los testimonios recogidos de la época así lo niegan.

De hecho, el fenómeno de las Colectividades no es exclusivo de la CNT, había Colectividades constituidas por CNT y UGT como por no afiliados a estos sindicatos. Hay que desechar la idea del

odio y la persecución a los no colectivistas. El simple hecho del aumento de participantes en las Colectividades y del número de pueblos que se constituían en Colectividad obedece a la demostración de la mejoría de los resultados obtenidos con el trabajo comunitario. Por cierto, origen de los ancestros del género humano. Evidentemente, había núcleos que eran más prósperos porque tenían más posibilidades de desarrollar el comercio que otros por su ubicación, etc y otros que no tenían tan “buena vida”. Por eso era necesario desarrollar el principio del apoyo mutuo para compensar las diferencias originarias entre Colectividades.

Las Colectividades cenetistas llevaron a cabo el proyecto de la socialización libertaria, es decir, que los beneficios que generaba el trabajo colectivo, una vez repartidas las asignaciones individuales y deducidos sus gastos, los usufructuaria la sociedad general.

Este ejemplo de organización llevó a la creación de Federaciones comarcales de Colectividades e, incluso, se llegó a celebrar el Congreso de Federaciones de Colectividades en febrero de 1937 en Caspe. No olvidemos que todo esto se estaba desarrollando en medio de una guerra.

Pero aunque parecería que todo era muy bonito y un cuento de hadas, no hay que obviar las dificultades a las que tuvieron que hacer frente.

Primeramente, la sociedad estaba imbuida de un ambiente de crispación ya anterior a la guerra civil. Las desigualdades, incluso entre los pobres, eran patentes. La reforma agraria no había tenido sus efectos. Los gremios se odiaban y se desconfiaba del vecino. En segundo lugar, nos encontramos en medio de una contienda bélica, lo que supone la falta de mano de obra y una situación de inseguridad por el avance y retroceso de las

tropas. En tercer lugar, había un funcionamiento diferente entre unas Colectividades y otras. Las Colectividades con mayoría de UGT el sistema retributivo se efectuaba en función de la aportación de trabajo realizada. Sin embargo, en las Colectividades de la CNT el principio de reparto era “a cada cual lo que necesite” sin tener en cuenta su aportación.

A todas estas dificultades habría que incluir las reticencias de las cúpulas de las organizaciones. Los socialistas dudaban de este sistema de organización, los comunistas no lo apoyaban e, incluso, desde sectores de la CNT se planteaban si este modelo organizativo era adecuado a la ideología libertaria. Así, con el avance de la guerra por sus territorios y las zancadillas recibidas desde el bando republicano fueron diluyéndose hasta su extinción. Subsistieron entre 1936 y 1938, muy debilitadas por el conflicto del 37 en las filas republicanas.

Con este artículo quiero ofrecer un homenaje a pueblos que apenas hoy son conocidos pero que recogen una historia muy importante para afrontar las situaciones que se nos avecinan: Caspe, Bastastro, Binéfar, Albalate del Arzobispo, los pueblos del Valle del Cinca, Monzón, Puebla de Híjar, Ribagorza... y muchos más que fueron capaces de organizarse para vivir la revolución. Sin idealizar sin más este episodio de nuestra historia si que hay que revisar y estudiar cómo se llevó a cabo este proceso de cambio de la sociedad porque aunque fuera por un período corto de sus vidas ellos sí consiguieron cambiar “su mundo”. Mi admiración por aquellas personas.

Charo Arroyo

Bibliografía: Alejandro R. Díez Torre *“Trabajan para la Eternidad. Colectividades de trabajo y ayuda mutua durante la guerra civil en Aragón”*. Félix Carrasquer *“Un vivir autogestionado promesa de futuro”*. Graham Kelsey *“Anarquismo y Estado en Aragón 1930-1938”*. Documental: *“Sueños Colectivos”*

En la muerte de un hombre bueno, Francisco Carrasquer

“Nuestra malograda experiencia revolucionaria del 36 no dejará nunca de ser una lección para las generaciones futuras. Y eso se logró a base de una clase obrera que, por la cultura, supo aventurarse hasta saltar a las regiones de la Utopía”.

El paso inexorable del tiempo nos está privando de compañeros que nos han servido de referente en muchas ocasiones. Es el caso de Francisco Carrasquer Launed (Albalate de Cinca, Huesca 30/07/19-15 -Tárrega, Lleida 7/08/2012). Lo conocimos epistolariamente cuando colaboró enviándonos un poema para el Coloquio del Exilio Libertario en Francia que organizamos en la ciudad de Béziers el año 1993. Afortunadamente, pudimos contar con su presencia cuando accedió a participar en el Congreso “L’Exili cultural de 1939. Seixanta anys després”, celebrado en Valencia el año 1999. También colaboró en el catálogo de la exposición *“La muerte de la libertad. Representación franquista al Movimiento Libertario”*, que preparó la CGT y la Fundación Salvador Seguí en el año 2009.

El profesor Francisco Carrasquer, curtido en la destemplanza del exilio militó, sobre todo, en la revolucionaria causa de la cultura. Fue impulsor

en Barcelona, junto a sus hermanos Félix, Presen y José, de la escuela racionalista Eliseo Reclús; miliciano de la Columna Durruti; exiliado en Francia (campo de Vernet); como luchador antifascista en la clandestinidad, preso en las cárceles de Franco; trabajador manual y estudiante miembro de la FUE; con 31 años de exilio en Holanda, como profesor de lengua y literatura española y traductor; Premio de las Letras Aragonesas en 2006...

Siempre permanecerá en nuestra memoria. Que la tierra le sea leve.

Para terminar, me gustaría hacerlo con palabras del compañero Carrasquer: *“Nuestra malograda experiencia revolucionaria del 36 no dejará nunca de ser una lección para las generaciones futuras. Y eso se logró a base de una clase obrera que, por la cultura, supo aventurarse hasta saltar a las regiones de la Utopía”.*

Rafa Maestre. Fundació Salvador Seguí

